

CUENTO: LA GOTA DE LUZ

M^a Carmen Gil del Pino
 Profesora Dpto Educación
 Facultad Ciencias de la Educación
 Universidad de Córdoba
 DIA DEL MAESTRO '06

Con los ojos bajos y cansancio desde la cabeza a los pies, la joven y hermosa Qö.hi agitaba pacientemente aquella pasta espesa que se resistía al calor de las ascuas. Llevaba muchas horas derritiendo grasa de foca para el largo invierno. Junto a ella, enfundado en una piel de oso, amoratado por el frío y despidiendo vaho y agudos lamentos, su anciano padre yacía muy enfermo sobre un fardo de hojarasca. Diez pasos más allá, en el suelo, dos hombres atracados de carne y de vodka daban hipidos y eructaban apoyado uno contra otro. Eran el esposo de Qö.hi y Arnak, un cazador numamiut que, como los veranos anteriores, había bajado desde la montaña a la planicie costera para el trueque de pieles de caribú por aceite de foca. Con Pa.'he, que así se llamaba el esposo, había intercambiado un ciento de ellas por veinticinco docenas de odres de pringue. Satisfechos ambos, celebraban la operación entregados vivamente al placer de la glotonería. La luz de la única lámpara que había en la tienda, una lámpara de esperma de ballena que echaba chispas y humeaba, languidecía silenciosamente. La de fuera, de un sol dulce de veinticuatro horas, se derramaba con abundancia sobre el campamento de los tareumiut.

El extraño, un ser de facciones duras, orondo, grasiento y con una abundante y rojiza pelambreira, lanzaba a la joven escudriñadoras miradas, y no cesó de hacerlo hasta que ella retiró el sebo, ya líquido, de la brasa y se embebió tras la rebosante caldera para enfriarlo y echarlo en los pellejos que, suspendidos del techo entre tiras de carne, se oreaban al frío y al humo. De modo tan ingenuo y tan provisional libró a la víctima de su depredador. Temblando con todo su cuerpo ante lo inevitable, hecha un ovillo en el suelo, escondida y asustada como un pájaro de presa, hubiese llorado largamente, pero, aunque poco alcanzaban sus ojos, sus brillantes ojos, optó por dejarlos huir por el reducido espacio de un ojal de la tienda.

La tundra, helada y batida por el viento, blanca toda, empezaba a florecer. Como hilos de brillante plata, trazando frescos y apacibles cauces, algunos arroyuelos descendían, por el deshielo estival, desde la colina hasta el lago. Una bandada de perdices blancas, de una blancura que no puede haber nieve que la iguale, volaba bellamente. Regocijaba de tal manera su vista que, descuidada de todo, cobró fuerzas y se alzó sobre sí misma abarcando, desde las montañas hasta el océano, la pura inmensidad. «¡Es imposible –decía para sí– que exista nada más bello!».

Poco intervalo medió entre este momento de supremo gozo y el terrible que sobrevino después. Dos figuras a las que el humo pintaba el color del diablo aparecieron ante Qö.hi y la arrebataron de su dulce contemplación. Correspondían a Pa.'he y a Arnak. O se habían deslizado hasta allí como cobardes reptiles o los había transportado una fuerza sobrehumana, pues aquellos desgraciados apenas podían sostenerse de pie. ¡Hasta las cejas estaban de vodka! Durante unos instantes la joven esquimal fue combatida a un tiempo por fuerzas opuestas. Mientras unos ojos de ascuas le lanzaban en la penumbra miradas feroces, otros fríos como la muerte dejaban caer sobre ella avalanchas de hielo. Mientras unos mostraban deseo indomable, otros, absoluto dominio. Cuando cesó el acerbo ataque, el marido, haciendo alarde de ser el dueño y señor de aquella apetitosa criatura, abrió desmesuradamente la boca y desembuchó con autoridad e intermitencias –lanzaba eructos entre palabra y palabra– lo que le bullía por dentro:

–Arnak es mi amigo. Me ha traído buenas pieles para el invierno. Complácete como complaces siempre a los que son amigos míos.

Dijo, además, otras cosas que Qö.hi no oyó porque se descompuso al escuchar la cruda sentencia. Sin poder ella remediarlo, una legión de sentimientos salía de su interior y le adormecía el cerebro. Se esforzaba por entender, pero en vano. «¡Yo sólo quiero...una gota de luz. Sí, una gota de luz!», razonaba a muy duras penas. «Ella no podía saber aún que la encontraría». Medio compungida, medio indiferente, cedió sin resistencia. Nada repuso. No tenía otro remedio que obedecer y dejarse despedazar por la horrible fiera que, ansiosa por clavar los colmillos en su codiciada presa, se relamía ante sus espantados ojos.

El verano fue corto. Como era de esperar, las primeras nieves se anticiparon al otoño. Los tareumiut, empujados por el instinto de supervivencia, empezaron a levantar el campamento a finales de agosto. A temperaturas de treinta y cinco grados bajo cero la nieve y el hielo eran adecuados tanto para los trineos como para los pies, que se deslizarían sobre ellos sin excesiva dificultad, y las robustas casas de tierra del poblado de invierno ofrecían mejores condiciones para protegerse de los rigores del clima. Además, sus enormes despensas de hielo permitían almacenar y conservar largo tiempo los alimentos obtenidos bien en las batidas primaverales, bien en la pesca estival, bien en el trueque.

La llanura estaba ya casi desierta –apenas quedaba en ella una docena de familias– cuando Pa.'he dispuso el largo viaje. Si permanecían más tiempo en aquel enclave ya no podrían abandonarlo y morirían todos a causa del rigurosísimo temporal. El agravamiento del padre de Qö.hi los había retenido allí peligrosamente. Ésta, unas veces con súplicas y otras, haciendo de tripas corazón, con arrumacos, había convencido a su esposo para que dilatase la partida en espera de algún alivio en el enfermo. «¡Ten piedad! –exclamaba–. ¡Es mi padre, mi amado padre!». Pero el anciano se moría sin remedio. El intenso frío le había arrebatado toda su sensibilidad y lo había cubierto de una palidez espantosa. Inmóvil, sin poder hacer un solo gesto, rebosante su mirada de angustia, respirando fatigosamente, defendía sin embargo el hilo de vida que le quedaba, su maravilloso hilo de vida, palpitando con tesón.

El cielo se desplomaba en mantos de nieve que barría con presteza un implacable vendaval. Tal era la rapidez de su azote que los copos, del grosor de las piedras, se elevaban hasta el firmamento antes de tocar el suelo; tal su crudeza que el desplazamiento producía un zumbido horrendo. Todo era perplejidad y espanto. El matrimonio, con precipitación excesiva, hacía los preparativos para el regreso a la aldea. Mientras la esposa, temblando más de miedo que de frío, apagaba los carbones y sacaba de la tienda lo esencial para sobrevivir, Pa.'he enganchaba los perros al trineo y apilaba sobre él, en este orden, leña, utensilios, pieles y alimentos. Por último desmontó la pesada tienda y la colocó encima de todas las pertenencias.

Lo que sintió Qö.hi cuando su esposo, con un estremecedor chasquido de látigo, dio a los animales la orden de salida, lo que le traspasó el pecho y la garganta cuando su padre, entregado cobardemente a la tempestad, cubriéndose poco a poco de nieve, la interrogó con los ojos, unos ojos fijos en los suyos, horrorizados y suplicantes, sólo ella podría decirlo. Tres veces intentó arrojarle del trineo para morir con él y otras tantas sintió que una fuerza suprema se lo impedía. Sosteniendo una terrible lucha dentro de sí, muriéndose a chorros, se internó finalmente en la oscuridad. Pudo más la costumbre que el dolor. Sin duda, la rigurosa ley de su pueblo había vencido a la estampada en su espíritu.

Él delante y ella detrás, Pa.'he y Qö.hi marchaban como almas en pena entre paisajes yertos. No había ni un solo astro en el cielo que los guiara. Les rodeaba el silencio, el terror y la oscuridad, una oscuridad extraña que les impedía distinguir la noche del día. Iban a paso lentísimo por el espanto y la extenuación de los perros, que sólo a golpe de látigo tiraban de su excesiva carga. Al fin, rendidos de cansancio y muertos de hambre y de frío, llegaron al poblado y enseguida se pusieron a cubierto.

El otoño fue crudo y extrema el hambre de los tareumiut. Ese año las ballenas no habían seguido las rutas acostumbradas y su caza, la primavera anterior, había sido un rotundo fracaso. Sin reservas de carne ni de manteca del preciado cetáceo, los hombres buscaban con desesperación lo que fuese. Cuando no tenían suerte con los osos, las morsas o las focas, recurrían, empujados por la necesidad, al pescado –de escaso valor nutritivo, según ellos– y a los zorros, cuya carne utilizaban generalmente para alimentar a los perros. ¡De alguna manera habían de apaciguar los desfallecidos estómagos!

El esposo de Qö.hi pasaba semanas enteras de caza. Si subía a la montaña a intercambiar bienes con sus numerosos amigos numamiut, si se embriagaba con ellos, si yacía con sus mujeres cobrándoles así la deuda contraída, ella no podía saberlo. Todavía con el corazón desgarrado, todavía traspasada de dolor, punzada continuamente por un horrible remordimiento, buscaba en vano consuelo

en las tareas ordinarias. Guisando, cosiendo, buscando leña y fundiendo bloques de nieve veía transcurrir, iguales, sus tristes y solitarios días. Pero su alma, que como inmaterial que era se elevaba más y más, se había empeñado en encontrarle la gota de luz con la que soñaba. Y como las almas resisten y crecen y jamás se postran ni se dan por vencidas, y como vuelan altísimo, la encontró en lo más elevado.

La bella inuit recogía leña en un valle hondo salpicado de manchas de árboles. Un golpe seco la sobresaltó. Lanzada con fuerza y destreza, certeramente, una flecha vino a dar en el pecho de un temible oso blanco al tiempo que éste se abalanzaba como un rayo sobre ella. El paraje entero retumbó ante el ruido espantoso que la fiera, de un tamaño colosal, hizo al caer. Echando sangre negra por sus fauces y roja por la herida, haciendo en vano esfuerzos por levantarse, bufando de dolor, murió de inmediato. La flecha lo había atravesado de parte a parte.

Pasado el peligro, Qö.hi volvió sus hermosos ojos hacia todas partes para averiguar de dónde había procedido la flecha. No vio a nadie. Pero luego, inesperadamente, oyó en el aire una voz musical que se deslizaba con blandura loma abajo. Fluía tan clara que se podían distinguir en ella sin ningún esfuerzo todas las palabras. Eran palabras silbantes, acariciadoras, palabras que excitaban su fantasía, que le hacían ver, reales, allí mismo, imágenes prodigiosas, que le causaban un gozo como no le había causado jamás cosa alguna. Con paso lento pero firme y la turbación propia del que acaba de salir de las tinieblas y halla un reguero de luz, la deseosa joven ascendía, sobrecogida de emoción, hacia la fuente de la que emanaba tanta dulzura, hacia la melodiosa voz. Gruesas lágrimas rodaban por su rostro.

Apenas llegada arriba, Qö.hi se llenó de asombro. ¡Rebosaba paz aquel hombre! Era un pescador viejo, de blanca y larga barba, semblante sereno y facciones finas. Tenía una media palidez que le proporcionaba majestad. En sus ojos, negros como la noche, vivos, ardía un fuego misterioso. Cantando ininterrumpidamente, bellamente, extendía unas redes para secarlas. Allí, en aquel punto exacto, los aullidos de los perros y de las fieras, el furor de los vientos, los gritos, el rechinar de los trineos..., los rumores todos de la aldea se apagaban. Y el dolor. Al son dulcísimo de aquel canto que levantaba en lo profundo de su espíritu goces indescriptibles no podía sentirse dolor. La joven, acercándose discretamente al anciano, le dijo:

–Quien quiera que sea usted, y aunque verdaderamente desconozco el valor y el sentido de la vida, debe saber que le agradezco que me la haya salvado.

A estas palabras palideció por completo el desconocido y dejó caer un arpón que tenía en sus manos. Y, aunque detuvo su melodía, no dijo nada. Sólo la miró con comprensión infinita. «No tengas reparo en franquearte conmigo», parecían susurrarle sus elocuentes ojos.

Jamás pudo desear nadie la palabra como la deseó ella en aquel instante. Le hubiera dicho que su espíritu estaba adormecido; que se sentía como un árbol en espera del último hachazo; que se había acostumbrado a obedecer leyes extrañas, no las de su corazón; que había derramado ya, pese a su juventud, torrentes de lágrimas; que vivía en una triste languidez; que moría. Y también le hubiera dicho que en aquella colina, mirándolo y escuchándolo, se olvidaba de todo; que, reanimada inexplicablemente por su armonía, deseaba ver brillar las estrellas y oír el rumor del agua; que a su luz volaba sin temor alguno; que, junto a él, una dulzura penetraba en su interior; que un lucero se había encendido de pronto. Pero, como no tenía palabras, se lo tuvo que expresar con los ojos.

–Dime tu nombre –repuso el viejo tras recoger, íntegro, tan extraordinario desbordamiento de emociones.

–Me llamo Qö.hi

–¡Es hermoso, muy hermoso! –exclamó el pescador–. Significa *esencia luminosa, fuego*.

Y sin decir una palabra más prosiguió su canto. «Álak no puede ser vencido sino por Álak mismo», entonaba repetidamente ahora.

Ella callaba, pero tenía pintados en su rostro la rabia, sentimiento que abrasa y excita el ánimo, juntamente con la ilusión, una ilusión vivísima, nueva. En sus gestos manifestaba más clara su pregunta que si la hubiera expresado con palabras: «¿Acaso no puedo yo encontrar la luz?».